

Monólogo del mendigo

Carlos Sáez Echevarría

PERSONAJE

MENDIGO.

Se presenta un MENDIGO con un cartel en el pecho que lleva escritas estas palabras: TENGO SIDA. Con la gorra en la mano se dirige varias veces al auditorio, pidiendo limosna.

Una limosna por caridad... Una limosna por caridad... Una limosna por caridad... Una limosna por caridad...

Me han echado del trabajo, porque tengo envenenada la sangre. La serpiente del Sida se enroscó en mis venas y me mordió en la garganta del alma. Mi padre me echó de casa, porque ensucio con mi ignominia el hogar familiar. Mis parientes con avergonzados silencios procuran no nombrarme.

Mis amigos ni siquiera se atreven a tocarme. Huí del hospital. Me investigaban como si fuera un conejillo de indias, un desgraciado objeto de humillaciones. ¡No! ¡No me avergüenzo de decirlo a todo el mundo! Tengo Sida y voy a morir pronto por ello, pero soy un hombre y pido misericordia a los demás mortales.

A los perros abandonados se les trata mejor, con más humanidad y cariño. Las gentes les acarician, les llevan a sus casas y les dan de comer. No les miran con rencor. No piensan, cuando les ven, lo que piensan, cuando me ven a mí: ¿Qué habrá hecho ese desgraciado, para contagiarse de Sida? Será un ladrón, un presidiario, un miserable drogadicto.

Siento en sus miradas el asco que les produzco y no he podido acostumbrarme a ello. Me dicen que he pecado; pero yo no hice nada malo.

Sólo hice enamorarme. Ése fue mi pecado. Me enamoré perdidamente de una muchacha que escondía en sus ojos claros una mañana de primavera, el agua de los arroyos se reflejaba en su tez suave y en sus labios rojos se ocultaba el sabor de las manzanas.

Sabía que era drogadicta, pero no me importaba... Sólo supe amarla. Ella ha muerto ya... No puede cuidarme, ni puedo cuidarla.

Mientras muero lentamente, siento un horrible desprecio por mí mismo. ¡Sólo soy un montón de porquería! ¡Ni siquiera puedo controlar mis íntimas necesidades y el hedor que echo es repugnante. Por eso huyo de mí mismo y de los demás! ¡Debería matarme, pero no valgo para ello! Pienso que debería haber en los demás alguna buena razón de compasión para consolarme de alguna manera. ¡Hasta los mendigos pretenden robarme las limosnas que me dan!

Un día se me acercó una muchacha. El mar brillaba en sus ojos azules, de sus hombros caía en cascada una cabellera larga. Me abrazó estrechamente, sin decir nada y me dio diez mil pesetas. Todos sus ahorros. Luego sacó un frasco de perfume y me limpió con él la frente. Yo vi cómo lloraba.

¡No quiero compasión! No quiero nada. Sólo huir, huir de todo, de la gente, del mundo, de todo... y morir pronto tranquilo, sabiendo que la vida siempre es breve, que todo ha sido una pesadilla pasajera y que no he hecho mal a nadie.

¡Sólo hice amar, amar a una muchacha que me amaba y huir, huir, huir de todo, de la gente, del mundo, para caer en brazos de la ausencia, de la soledad y de la nada!

Yo no tengo nada,
ni casa, ni amigos,
ni tengo una patria,
ni tengo enemigos,
ni tengo una tumba,
ni tengo familia,
ni tengo testigos.

Sólo tengo el aire.

Respiro tranquilo.
¡A un poco de tierra
solamente aspiro
que cubra mis huesos,
cuando azote el frío!

Y pido limosna
de amor a la luna
que es ciega y me mira,
sin ver mis suspiros,
y pido limosna
de amor a la noche
que quiere robarme
todos mis latidos.

Sólo tengo ensueños
que son como niños,
que son como estrellas
que están siempre lejos,
detrás de los montes,
¡más lejos, más lejos!

Detrás de los mares,
¡más lejos, más lejos!

Yo no tengo nada,
ni casa, ni amigos,
ni tengo una patria,
ni tengo enemigos,

ni tengo familia,
ni tengo testigos.

¡La noche a escondidas
se llevó consigo
por entre las olas del mar
mis suspiros!

**(El MENDIGO se sienta en el suelo, como para morir y
sigue pidiendo limosna con la gorra en la mano.)**

**¡Una limosna por caridad!... ¡Una limosna por caridad!... ¡Una
limosna por caridad! (Se levanta lentamente mira
avergonzado al auditorio, pidiendo compasión y sale del
escenario.)**

FIN